

Ha reunido todas las fuerzas de la tierra para luchar por la vida. Su día a día es una batalla positiva contra el mal bicho que quema el tiempo (la ansiedad) y las defensas (el sida). Está aprendiendo a vivir. Ahora, porque quiere estar preparado para cuando llegue el momento de hacer el traslado; de traspasar ese pasillo muy estrecho, azulado e incierto.

En su habitación no hay relojes absurdos ni angustias, ni pesadillas: en su despertar, ningún sueño se repite.

Elena Pita en MAGAZINE DEL MUNDO (28-XI-93)

La moda española se viste de luto



El que hasta esos momentos había sido el color preferido por Manuel Piña, cobra toda su vigencia en la madrugada del sábado 6 de octubre, cuando poco después de las seis de la mañana, el que fuera el más consabido de nuestros diseñadores de moda muere de Sida en su Manzanares, ciudad que le viera na-

car hace 50 años. Su negro sensual, su negro trágico, es ahora su negro de mortaja, acompañado de una camisa blanca sin corbata, como en él era uso.

Su recién construida casa en la calle Virgen del Carmen se ha convertido en intensa vida del diseñador. Cada cuadro, cada escultura, cada objeto es un de-

suos amigos de infancia y primera juventud florán su marcha. Poco más de dos meses pudo disfrutar Manuel de esa pequeña casa diseñada y realizada con exquisito gusto y que albergaba obras de arte, antigüedades y recuerdos de la ajetreada e intensa vida del diseñador. Cada cuadro, cada escultura, cada objeto es un de-

talle de buen gusto, donde todo encaja a la perfección como en un puzzle perfecto. Lo mismo que al calor y el cariño que él y su familia puse en su construcción y decoración de la casa, haya podido disfrutar tan poco tiempo, pero hacía ya años que "la muerte puso fuevos en la tienda", que se transformaran en heves hace dos años con motivo de la aparición de un herpes que le hizo perder su ojo derecho obligándole a llevar, justificadamente, ese "parche de pirata", que en otras épocas utilizara como golpe de efecto de su propia imagen. A partir de entonces todo ha ido demasiado de prisa.

En la tarde de ese mismo sábado se oficiaba su funeral en la Iglesia parroquial de la Asunción y a las diez y media de la mañana del domingo, el párroco Fernando Páez rezaba para él el responso que le daba el adios

definitivo en su viaje a Madrid donde su cuerpo iba a ser incinerado, para que posteriormente sus cenizas volvieran al cementerio de Manzanares. El día se oscureció para formar parte del luto, mientras la lluvia caía mansamente y el negro de los paraguas su negro le daba también su última despedida, cuando el coche mortuorio rompió el impresionante silencio que hasta ese momento reinaba en la calle de la Virgen.

Al bajarlos recordábamos al Manuel Piña sano de vacaciones de ingenio de agudeza, arcaicador en su porte y en su vocabulario, y tiernamente enamorado de su gente y de su trabajo, ese Manuel Piña que tenía como metas "la honestidad, el amor al trabajo y el respeto a la familia".

Roberto MUÑOZ
Fotos: M.R.M.

Cue nombrado "SEMBRADOR 1986"

El poeta Alfonso Cereño escribió unas palabras dedicadas a Manuel Piña con motivo de su nombramiento como "Sembrador 1986" que fueron pronunciadas en el acto, que tuvo lugar en la Casa de Cultura el 27 de enero de 1987.

Rutilante, en ese resplandor de esmeraldas que las la buen tempero. Manuel Piña engalana nuestra ciudad con su apretado nombre. Cuando ese niño hula en rucchos lrenes, se nos ba constantemente a donde le levaban los ralles y espaba con opa insaciables los hábitos de la obra y la disidencia de los cómicos. El niño que era entonces Manuel Piña sacralizaba y

sea de jerga o sayal negro sin tintura, y échese el menos sayal que se pueda para ser hábito, la manga angosta no más en la boca que en el principio: sin pliegue, recondo, no más largo detrás que adelante, y que lleve hasta los pies. Y el escapolario de lo mismo, cuatro dedos más alto que el hábito (.) El llas, y por la as de sayal o



REPORTAJE gráfico

El diseñador Manuel Piña falleció ayer a las seis de la mañana en su casa de Manzanares (Ciudad Real) a la edad de cincuenta años. Desde hace días, el modisto manchego mantenía una lucha tenaz contra el sida, enfermedad que él mismo reconoció padecer. El funeral se celebró ayer en su localidad natal y sus restos mortales serán incinerados hoy en Madrid

Muere uno de los diseñadores bandera de la «Moda de España»

Manuel Piña, otoño-invierno

SIEMPRE fue el drama. Manuel Piña abusó en su vida de la muerte: las cruces negras de su logotipo los alambres enroscados a los clavos rojos, el carrete de la pasarela, sobre diseño de novia al que Piña bautizó "la muerte blanca", un vestido de macrame que llevaba una maniquí con una gran cruz, como en la cabeza de una procesión... un homenaje a la memoria de un amigo fallecido. Todo de alguna manera en los últimos años "fue referencia al principio y al final". Aunque manchego, Manuel Piña tenía ese sentido festivo de la tragedia que aurean los pueblos del sur. En la Pasarela Cibetes, un cuadro flamenco jaló una vez el paso de las maniqués. El público ginecó. Su último desfile fue un homenaje a Camarón de la Isla. Ropa para bailar con la que sus admiradoras florán, ropa que se seguía y se ve. Como una tulita.

Su trayectoria es la de una línea descendente. Comienza en la euforia y termina en el hastio. Cuando Manuel Piña empezó a ser popular, lo fue también el propio fenómeno de la moda. Su historia profesional, como la de otros diseñadores, es la de la glorificación de las apariencias de los años ochenta, esa que se radicaba en el polémico «American Psycho» y de la que él reniega cosiendo a cambio un trozo de autenticidad. De la euforia de los días grandes del Salón Cibetes, a una amarga esperanza reflejada en su última etapa en su tienda, donde todo eran quejas sobre la delicante labor de la Administración, donde pasaban ya todos los desengaños de la industria, donde pensó lanzar a nuevos diseñadores en una nueva muestra de sana utopía casi suicida. Apenas sin meros. Decía: «Parece mentira que en esta ciudad ya nadie se interese por hacer nada nuevo. Todo está

dormido y, aunque no se muy bien si tiene remedio, hay que hacer algo por solucionario.»

Manuel Piña, uno de los diseñadores bandera de la llamada «Moda de España», junto a Jesús del Pozo y Antonio Miró, entre otros, no era tal vez el mejor, pero sin duda era el más consabido. El público siempre perdonó su irregular manera de querer la moda. Lo que nunca falló fue la pasión: esa emoción que se entosa en la panfornilla y sube hasta el cuello como una planta carnívora de ciencia ficción. Pasión tanto en su maestría, con el punto como en sus experimentos fallidos disfrazados a veces de vanguardia. Pasión en unas mujeres capaces de comerse el mundo y tener apetito aún para un postre intergaláctico.

La mujer Piña, alta, de targas planas, llevaba vestidos de punto

que se ajustaban en un cuerpo a cuerpo con la sensualidad, impecables sastres de esos que dan juego en el armario temporalizado tras temporada, vestidos de macramé trenzado y colores puros, blanco, rojo y, sobre todo, negro, como muestra de su fuerza. «Quiero —comentaba— vestir a todas las mujeres, quiero que se sientan más bellas y más seguras.»

Al final de cada desfile, Manuel Piña entregaba un ramo de flores a su madre, una costurera que, casi sin pensarlo, presidía la primera fila de la pasarela femenina más importante de España. El salta a saltar, a veces con boina, otras con un parche en un ojo, siempre el mismo gesto teatral, siempre el drama. Si no hubiera sido diseñador, habría sido actor. Cae el telón

Pedro NARVÁEZ



Lo que sus amigos dijeron de Manuel Piña

LUIS COBOS. — Está definitivo en su trabajo, en su trayectoria. Me ha quedado asombrado al verlo bailar con Pastora Vega. Todo lo hace bien. Es un gran manchego, que destribe de sero y lo pregona. Pasa el nombre de la Mancha por todas partes y es un gran profesional. El desfile que nos ha mostrado lo puedes ver en París, Nueva York... está a la altura de cualquier diseñador de fama mundial y sin ningún tipo de egoísmo, como la gente grande.

yo me siento muy vinculada sobre todo porque mi imagen está en sus manos, ya que es el diseñador favorito. El que Manuel tenía un lugar de privilegio en este mundo debe ser un motivo de orgullo para los manzanareros.

PASTORA VEGA. — Manuel tenía un corazón que no le cabe en el pecho, como no le cabe el arte que viene: es una maravilla. Tenés una gloria. Lo que él ha hecho por las mujeres, su manera de trabajar, su entrega total. Para él vestir a una mujer es un arte y él es el futuro de la moda española.

BIBI ANDERSEN. — Es un gran creador. Es para mí un amigo, un ser querido, alguien con quien

Manuel Piña no pudo diseñar su muerte. Diseñó su vida y la vida vestida de los demás. También diseñó mi estremecimiento, como el de tantos, cuando confesó ser víctima del sida, estar a un paso de la ceguera y, consecuentemente de la muerte.

Carlos Herrera en SUR (9-X-94)